

# CRISTO COMO CENTRO DE LA HISTORIA HUMANA

(Una reflexión a partir del **Sermo 24. Denis** de  
S. Agustín)

CLAUDIO BASEVI

## 1. *Los interrogantes*

Muy recientemente, en su primera Encíclica *Redemptor Hominis*, Juan Pablo II volvía a plantearse los interrogantes fundamentales del hombre, aquellos que surgen de la contemplación de la historia y de la constatación de que la nuestra es, como todas, una época de “crisis”, es decir, de transformación rápida; una época que requiere ser examinada a la luz de Cristo y que necesita volver a adquirir el sabor cristiano. El Papa dice en tono apremiante:

—“¿este progreso, cuyo autor y fautor es el hombre, hace la vida del hombre sobre la tierra, en todos sus aspectos, más humana? ¿La hace más digna del hombre?... ¿Prevalece entre los hombres, en el mundo del hombre, que es en sí mismo un mundo de bien y de mal moral, el bien sobre el mal?”<sup>1</sup>.

Estas palabras vuelven a repetir lo que la Iglesia reunida en Concilio se preguntaba hace casi quince años:

—“...ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con

---

1. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, n. 15; citada según *L'Osserv. Rom.*, ed. esp.

nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía?"<sup>2</sup>.

No estamos, sin embargo, ante unas preguntas sin respuesta, en un callejón sin salida. La contestación es bien conocida: las vicisitudes, las crisis, los anhelos y los problemas del hombre y de la sociedad en la época contemporánea encuentran su respuesta en Cristo, porque Cristo nos trae la salvación y la santificación:

—“Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado (cfr. 2 Cor 5, 15) por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse (cfr. Act 4, 12). Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro”<sup>3</sup>.

Pero si esta contestación devuelve la paz y la serenidad a todos los fieles, no deja de plantear nuevos interrogantes. Queremos escoger uno de ellos como tema de esta comunicación: ¿qué significa exactamente decir que Cristo es el centro de toda la historia humana?; y sobre todo ¿qué quiere decir que Cristo es el centro de toda la historia, cuando parece que estamos viviendo en una época de “crisis”, en la que aparentemente el asalto del mal es más brutal, hasta llegar a hacer pensar que se está dando una involución en el progreso de la cultura?

No son, por otro lado, preguntas nuevas; todo lo contrario. Se trata de algo que el hombre de todos los tiempos ha advertido siempre frente al espectáculo del mal, del dolor y del sufrimiento. Son unos interrogantes que coinciden con la pregunta por el sentido de los acontecimientos históricos. El salmista se preguntaba ya con asombro: “¿Por qué se amotinan las gentes y los pueblos piensan cosas vanas?” (Ps 2, 2). No todo, en efecto, en la historia es desarrollo constante, por lo menos en lo aparente e inmediato: a fases de progreso pueden seguir épocas más difíciles y oscuras. Son éstas las que plantean con más agu-

2. CONC. VAR. II, Const. Past. *Gaudium et Spes*, n. 10.

3. CONC. VAR. II, *Ibid.*, n. 10.

deza el problema: los “tiempos de prueba”, los tiempos de desafío, los tiempos de purificación. Se hace entonces todavía más necesario escudriñarlos y descifrar los signos de la Redención. Ya dijo a este propósito Pablo VI:

—“... viviendo en la historia, ella debe (la Iglesia) escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio (Conc. Vat. II, *ibid.*, n. 4). Tomando parte en las mejores aspiraciones de los hombres y sufriendo al no verlas satisfechas, desea ayudarles a conseguir su pleno desarrollo, y esto precisamente porque ella les propone lo que ella posee como propio: una visión global del hombre y de la humanidad”<sup>4</sup>.

Queremos escoger como guía, en este rápido análisis, a San Agustín. Dos motivos nos mueven: San Agustín fue el primero en elaborar de un modo más o menos estructurado una “Teología de la Historia”, es decir, una reflexión, a la luz de la fe y con los datos de la Revolución, sobre los acontecimientos humanos, y fue también un pensador que se encontró en una circunstancia privilegiada desde el punto de vista histórico. San Agustín, podríamos decir repitiendo una idea de H. I. Marrou<sup>5</sup>, se sitúa en una “encrucijada” de la historia: ve desaparecer la civilización romana, sumergida progresivamente por las oleadas de los bárbaros, e intuye el surgir de otra civilización, que él espera que sea sencillamente “cristiana”, porque corresponde a la manifestación terrena del Reino de Cristo. Al mismo tiempo el Obispo de Hipona es consciente de que los valores cristianos no pertenecen a ninguna civilización en concreto, sino que son de todos los tiempos. Estas ideas aparecen en concreto en un conocido Sermón agustiniano, el *Sermo Denis 24*. Al examinarlo, sin embargo, conviene ampliar su contenido mediante el examen de otras obras del Santo Doctor.

## 2. *El Sermo Denis 24*

Se trata de un Sermón que Morín fecha en el año 410; a poca distancia del tiempo, pues, de la conquista y saqueo de Roma por obra de los Visigodos de Alarico. Este episodio, como sabemos,

4. PABLO VI, Enc. *Populorum progressio*, n. 13.

5. Esta es la idea dominante de *Saint Augustin et la fin de la culture antique*, Paris 1958.

movió a San Agustín a escribir, o por lo menos a empezar la redacción de la *Ciudad de Dios*, que se transformó poco a poco en una exposición general de la Teología de la historia, e influyó también en la redacción de numerosos otros sermones<sup>6</sup>. Casi se podría decir que la caída de Roma fue tema frecuente en la meditación del Santo Doctor y le sirvió como ocasión para levantar el corazón a Dios. En particular en el Sermón 24 de la colección de *Denis*, que el obispo de Hipona empieza con el comentario de la parábola del Evangelio: la antítesis entre el rico Epulón y el pobre Lázaro (Lc 16, 19-31). La actitud de los hermanos de Epulón, que no creen en Moisés y en los profetas, es comparada por Agustín con la actitud religiosa de los judíos. Estos últimos no creen en las Escrituras ni en el cumplimiento de una de las principales profecías que en ellas se contienen: la difusión universal de la Iglesia. Después de haber tratado de la fe y de la vida eterna, el obispo de Hipona pasa a la aplicación moral de la parábola, afirmando que el contenido de ella se cifra todo él en demostrar el valor del sufrimiento en la tierra. San Agustín pondera en particular los siguientes temas:

- 1.º Que Dios, a través de sus amenazas y avisos, quiere el arrepentimiento del pecador; para esto puede servir también de los sufrimientos que le envía (*aliquid flagellum, aut emendatorium, aut probatorium est*);
- 2.º que Dios cumple siempre sus profecías; hay algunas que hablan de los padecimientos de Cristo y de las persecuciones a las cuales se vería sometida la Iglesia; todo esto se cumplió para que tengamos fe en los bienes futuros (*venerunt ante mala, ut credamus futura bona*);
- 3.º que, por medio de las tribulaciones, Dios separa los buenos de los malos, así como, en un lagar, se separa el aceite del alpechín o como, en un crisol o en el horno, se aquilata el oro con el fuego de la paja;
- 4.º que Dios actúa como un buen médico que, para salvar a todo el cuerpo no duda en amputar un miem-

---

6. Citamos, entre otros, los *Sermones* 81, 105, 296 y el *Sermo de Urbis excidio*, publicado en *CoChr*, n. 46; cfr. A. TRAPE, *Introduzione — Teologia en Opere di Sant'Agostino. La Città di Dio*, vol. I, libri J-X, Città Nuova Editrice, Roma 1978.

bro; así está haciendo con el mundo pagano: destruye los templos, para que se edifiquen las iglesias.

Por eso nuestra respuesta ante los sufrimientos tiene que ser la de una fe confiada en Dios, como la de Abraham, la paciencia y el amor. *Teneamus ergo salutare eius et non fugiamus flagellum ipsius*. Y el *salutare Dei* es Cristo que nos dio ejemplo y fuerza mediante su paciencia en la pasión.

“... nuestra Cabeza nos precedió en el Cielo, como si dijera: He aquí por donde ir. Venid a través de los sufrimientos, con paciencia. He aquí el camino que os enseñé. Pero a ¿dónde conduce este camino que me visteis recorrer? Al Cielo. Quien rehuya entrar por esta senda, no quiere llegar al Cielo. Si alguien quiere llegar a mí, entre por el camino que le mostré. Pero no podréis llegar sin pasar por molestias, tribulaciones, dolores y angustias. Así llegarás al descanso que nadie te podrá quitar”<sup>7</sup>.

En definitiva la vida cristiana es progresiva conformación con Cristo: en primer lugar porque Dios puso su imagen en nosotros al crearnos (es el tema del hombre *imago Dei*); después, porque tenemos que asemejarnos cada vez más a Cristo paciente; y, en tercer lugar, porque, en el Cielo nos reuniremos con El. La historia, el mundo, no son sino el sitio (el lugar, el horno) donde se lleva a cabo esta transformación.

Los acontecimientos de la historia tienen en este Sermón, pues, un sentido apologético: son una ayuda para nuestra fe, porque nos hacen ver el cumplimiento de las profecías y de la acción de Cristo.

Pero cabe preguntarse si el sentido de las dificultades es sólo un sentido de salvación individual, a través de la fe, la esperanza y la paciencia, que producen en cada uno: como veremos a continuación, hay algo más en ellas. Y también es posible interrogarse sobre cuál es exactamente el sentido de la “presencia” de Cristo en la historia.

### 3. *Las imágenes bíblicas*

En el *Sermón Denis 24* todo el peso de la argumentación va dirigido a la conversión individual, al acto de fe de cada uno. Es

7. S. AGUSTÍN, *Sermo Denis 24*, 14.

la dimensión "personal" de la salvación. San Agustín describe cuál debe ser la disposición personal frente al dolor, al sufrimiento, a las catástrofes de la historia: la aceptación, la fe, la seguridad, el tender a la vida eterna. Todo esto está resumido en la categoría del "martirio". El cristiano debe ser "estrujado", debe ser perseguido, debe sufrir contradicciones para ser purificado<sup>8</sup>.

Sin embargo la historia humana, dirigida por la Providencia, tiene también un sentido cósmico, misterioso y oculto, pero real. En ella, a través de retrocesos e involuciones, y gracias a la voluntad salvífica de Dios, se da una cierta "teofanía" divina, que sólo los ojos de la fe pueden percibir. Es en la historia donde tiene lugar, con delicada pedagogía, la revelación progresiva del plan de salvación. No se trata de que la historia tenga sin más un desarrollo necesario (sería una postura hegeliana), sino que Dios realiza su plan *a través* de la libertad humana y sabe sacar el bien hasta del error y del pecado.

La Sagrada Escritura manifiesta todo esto con particular evidencia. Dos imágenes bíblicas despertaron, en este sentido, el interés de San Agustín: los siete días de la Creación<sup>9</sup> y las seis hidrias o tinajas que, en las bodas de Caná, los siervos llenaron de agua<sup>10</sup>.

La interpretación alegórica que de las dos imágenes da San Agustín, no sólo no excluye, sino que se apoya en la interpretación literal y a su vez parte de la comparación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, cuya armonía está de alguna manera representada en aquellos episodios. Así, por ejemplo, la lectura de los días de la Creación se lleva a cabo a partir de las genealogías de Cristo, particularmente de la referida por S. Mateo, la que según el Santo obispo, hace más hincapié en el carácter regio de Cristo. La genealogía de Cristo y, más en general, "todo el texto de las divinas Escrituras"<sup>11</sup> nos hablan de seis edades del mundo. Como bien se sabe, la primera edad va de la Creación hasta Noé, la segunda de Noé hasta Abraham, la tercera llega hasta David, la cuarta incluye los avatares de la monarquía de

8. Cfr. también el sentido que San Agustín da a la expresión "*pro Torcularibus*" que aparece en los títulos de varios salmos: *Enarr. in Ps 8, 1 y Enarr. in Ps 80, 1*.

9. El Santo los comentó en *De Gen. c. man I, 23 ss.*; *De Doctr. chr. II, 7, 9-10*; *De cons. Evang. II, 4, 12-12*; *De civ. Dei XV-XVII*.

10. *In Ioann. Ev. Tr. 9*.

11. *De Gen. c. man. I, 23, 35*.

Israel y de Judá hasta el destierro de Babilonia, la quinta abarca la vida del pueblo elegido desde la vuelta del destierro hasta la venida del Redentor, la sexta —en la que estamos— es el tiempo de Cristo y de la Iglesia, que nos llevará a la séptima y última que es la del descanso eterno. No es inútil subrayar que esta subdivisión, a pesar de ser algo artificiosa, se apoya sin embargo en una profunda intuición: las edades del mundo corresponden a las distintas fases de la “alianza” entre Dios y los hombres. Casi podríamos decir que San Agustín desarrolla una hermenéutica de la alianza, cuyos hitos son Adán, Noé, Abraham, David, el nuevo templo, Cristo, la Gloria final. En el centro de toda la historia de la alianza está Cristo, que es el punto de llegada de las genealogías: el misterio de Cristo ilumina y da sentido a los dos Testamentos; sobre todo porque Cristo mismo, viniendo a perfeccionar la Ley, y no a abrogarla, quiso situarse en continuidad con la línea espiritual del pueblo elegido que se remontaba a Moisés; también porque todo el Antiguo Testamento es una figura del Redentor, y la Nueva Alianza se apoya únicamente en El. El milagro de las bodas de Caná sirve de confirmación: cuando llega la “hora” de Cristo, el Antiguo Testamento se transforma en Nuevo, como el agua se cambia en vino y llena las seis hidrias, que representan las seis edades del mundo.

La fe en Cristo, fe que se alcanza a través de la contemplación de la historia, dirá el Santo Doctor<sup>12</sup>, es el comienzo de nuestra “vuelta” a Dios. Nuestra inteligencia, herida por el pecado, necesita ser atravesada y purificada por la fe, no sólo para unirse con gozo a la luz inmutable, sino para ser capaz de soportarla, de modo que, renovada y curada *de día en día*, llegue a poseer la bienaventuranza final. Precisamente ésta es la misión que lleva a cabo Cristo, Verbo y Sabiduría de Dios y al mismo tiempo Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús: Mediador en cuanto hombre y por tanto también camino para ir a Dios. Cristo Jesús es el que nos habló proféticamente en los Salmos y los cumplió en Sí, porque su vida y su persona son la realización de toda profecía. Dos expresiones caracterizan y presentan de forma sintética la visión de San Agustín. La primera es la explicación del título de algunos salmos que llevan la inscripción “*in finem*”. El obispo de Hipona relaciona este título con un versículo de Rom (10,4): “el fin de la ley es Cristo en orden a la justicia para todo creyente”. Agustín pone las palabras

12. *De civ. Dei* XI, 2.

del salmo directamente en boca de Cristo, como si Cristo hablara al Padre o se dirigiera a los cristianos; también a veces lee aquellas palabras como algo que hace referencia al Cristo escatológico, es decir, al Cristo glorioso o a su cuerpo que es la Iglesia. En cualquier caso Cristo es siempre el "fin" de la Ley, es decir, el centro de gravedad del Antiguo Testamento, que está orientado hacia El. La segunda expresión característica es otro texto (1 Cor 10,1-11) que a veces Agustín cita de modo incompleto limitándose a los versículos 6, 10 y 11. Según el Obispo de Hipona, este texto paulino afirma que todos los acontecimientos históricos del pueblo de Israel son *figura* de los que *ahora* nosotros estamos viviendo, porque "en nosotros se cumple el fin de los siglos". La centralidad de Cristo en la historia es, pues, en primer lugar una fuerza impulsora y que atrae, a la vez que preside, todo el movimiento de los siglos que va desde Adán hasta la Encarnación. Pero el dinamismo de la historia no se detiene en la Encarnación. En la Nueva Alianza se manifiesta una nueva fuerza, un nuevo impulso de Cristo, que envía a los Apóstoles para someter a todas las gentes. Así Cristo prepara su Reino a través de la historia, hasta que él mismo, una vez que le estén sometidas todas las cosas, las entregue al Padre —Agustín utiliza aquí una cita de S. Pablo (1 Cor 15,28)— y se someta al Padre, para que Dios sea todo en todas las cosas.

Hemos dicho que Cristo es fuerza de "atracción" de la historia (es el "fin de la ley") pero también fuerza "motora". ¿Por qué? La misma comparación entre la Creación y las seis edades del mundo nos lo explica. Cristo, Mediador entre Dios y los hombres, es también el Verbo eterno, la Sabiduría, *per quem omnia facta sunt*. Corresponde por tanto a su característica de Palabra y Sabiduría ordenar y revelar. Ordenar y revelar en la Creación y por medio de la Creación, ordenar y revelar en la historia y por medio de la historia.

Hay, si se puede decir así, como tres "niveles" de profundidad en el misterio de Cristo:

- 1.º Cristo es eterno, es el Verbo consustancial e idéntico al Padre:

— *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum;*

estas palabras manifiestan la "presencia" de Cristo antes de los tiempos coeternamente con el Padre



(es el versículo que Agustín cita más veces: casi un millar de veces).

2.º Cristo intervino como Verbo en la creación:

—*omnia per ipsum facta sunt et sine ipsum factum est nihil*;

—*verbo Domini coeli firmati sunt* (Ps 32,6);

—... y *dijo* Dios: hágase ... y así fue hecho (Gen 1);

—... tú hiciste todas las cosas con medida, *número* y peso (Sap 11, 21); éstas últimas palabras hacen referencia a la Trinidad: la *mesura* indica al Padre; el *numerus* o norma, regla, ley, indica a la Sabiduría; el *pondus* o amor, atracción, indica al Espíritu Santo;

3.º Cristo se hace presente de modo vivificante y redentor, mediante la Encarnación: es la mediación de Cristo:

—*quod factum est, in Ipso vita erat*;

—*et Verbum caro factum est et habitavit in nobis*;

—*humiliavit semetipsum formam servi accipiens* (Phil 2, 6);

—uno solo es el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Tim 2, 5).

Ahora bien, tanto la “mediación” en la Creación (*per ipsum* todo fue creado; *in principio* hizo Dios el cielo y la tierra, etc.), como la mediación en el orden redentor (*in ipso vita erat...*; *et de plenitudine eius nos omnes accepimus*), explican por qué se pueda hablar de Cristo como fuerza “propulsora” de la historia. Cristo, el Redentor, es el mismo Verbo creador; y es el Verbo creador porque es el Verbo eternamente subsistente. Con lo cual Cristo es el centro de la historia porque la historia no es sino un “retorno” del hombre pecador a la casa del Padre, es una “recapitulación” de todas las cosas en el Verbo encarnado, para que, con El y por El, vuelvan a la unión con el Padre. La visión escatológica de San Agustín, en su aspecto cósmico, se manifiesta a través del repetido comentario al cap. 15 de 1 Cor. Este comentario va dirigido, en el *C. Faustum*, contra los maniqueos para demostrar que Dios glorificará todas las realidades humanas, aún las materiales, así como glorificó el cuerpo de Cristo; y este mismo comentario, en el *De Trinitate*, va dirigido contra los arria-

nos, para decir que la "subordinación" o "sometimiento" de Cristo, Rey del mundo, al Padre no implica inferioridad, precisamente porque Cristo así como es Cabeza de la humanidad (y en este sentido "se somete" al Padre) así es también Verbo eternamente subsistente al cual el Padre dio todo poder.

Pero hay todavía algo más. Cristo no está presente sólo en el comienzo de la historia y al final de ella (en unión con el Padre y el Espíritu Santo): está presente en *toda ella*, constantemente. Es lo que un estudioso agustiniano<sup>13</sup> ha llamado la *Präsenzsmetaphysik*. Por esto Agustín rompe, no sólo el molde del mito de los "ciclos" de la historia (el eterno retorno), sino la visión "milenarista"<sup>14</sup>, en el sentido de que ya *aquí y ahora* se ha dado una *primera resurrección* y una *verdadera vida*<sup>15</sup>, aunque sean sólo un anticipo de la vida eterna.

En este sentido, y para volver a la alegoría de las seis edades, Cristo está presente en *cada una de ellas* en Adán, en Noé, en Abraham, en David, en el templo. Todo es figura de Cristo, y, al mismo tiempo, Cristo está presente también en los días de la Creación. Ante todo, como Verbo eterno, por el cual fueron creadas todas las cosas, tal como lo manifiestan las palabras *in principio*, que nos revelan que las cosas creadas existían idealmente en el Verbo antes de los tiempos. Esta expresión se vuelve todavía más clara si acudimos a su significación alegórica, porque el "principio" es el Verbo mismo, así que *in principio* es lo mismo que decir *in Verbo*. En segundo lugar, los "días" de que nos habla el relato de la creación, según San Agustín<sup>16</sup>, pueden ser también los actos del conocimiento angélico, mediante los cuales los ángeles contemplan en la Sabiduría las ideas correspondientes a las cosas creadas; así que cada "día" es un nuevo descubrimiento de la inagotable riqueza del Verbo subsistente de Dios. Y, en tercer lugar, la misma creación, una vez hecha, se desenvuelve mediante la separación radical entre la luz (la Gracia comunicada por la Sabiduría) y las tinieblas (el mundo que se opone a Dios aunque haya sido creado por El); es el primer acto del drama de las "dos ciudades", la de Dios y la de los demonios<sup>17</sup>, dra-

13. V. CAPÁNAGA, en *Introducción a La Ciudad de Dios*, vol. 1, 3.<sup>a</sup> ed., Ed. Católica, Madrid 1977, pp. 48s. y 64s.

14. Cfr. *De civ. Dei* XII, 20, 4.

15. Cfr. los comentarios a Ioh 5, 24 en *In Ioann, Ev. tr.* 19, 8.

16. *De civ. Dei* XI, 7 y XI, 29.

17. Agustín, por supuesto, rechaza el dualismo maniqueo, pero no rechaza el dualismo "ético" de los dos amores: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí (*De civ. Dei* XIV,

ma universal cuyo inicio corresponde al momento en que la Luz de la Sabiduría se comunica a las criaturas.

“En efecto al decir Dios: *Que exista la luz, y la luz existió*, si en esta luz se entiende rectamente la creación de los ángeles, bien claro es que fueron hechos príncipes de la luz eterna, que es la misma inmutable Sabiduría de Dios, por la cual fueron hechas todas las cosas, y a quien llamamos Hijo unigénito de Dios.

... *La luz verdadera que ilumina a todo hombre* que viene a este mundo (Ioh I, 9) ilumina también a todo ángel puro a fin de que sea luz, no en sí mismo, sino en Dios. Si se aparta de Él, se hace inmundo; como lo son todos los llamados espíritus inmundos, no siendo ya luz en el Señor, sino tinieblas en sí mismos, habiendo sido privados de la participación de la luz eterna”<sup>18</sup>.

En conclusión, San Agustín nos dice que efectivamente la historia del mundo tiene un sentido global del progreso, pero con algunas importantes precisiones.

1.º Este progreso no es inmanente sino trascendente respecto al desarrollo histórico mismo: Cristo como fin de la historia está fuera de la historia, porque está en la Trinidad eterna. En este sentido es de importancia fundamental distinguir en Cristo el aspecto de “camino” del aspecto de “verdad” y de “vida”; Cristo es el camino y es el Mediador, pero no lo es de modo idéntico a como es el Verbo subsistente; es camino y mediador en cuanto se encarna y “habita entre nosotros”, y esto lo hace precisamente para que nosotros podamos llegar a la Trinidad, con lo cual el verdadero fin último de la historia es la Trinidad<sup>19</sup>.

28). La lucha entre estos dos amores se remonta al comienzo del mundo, no a la creación misma (porque sólo hay un principio bueno y Dios todo lo hizo bueno), sino a la elevación de las criaturas inteligentes y racionales (ángeles y hombres) a un fin sobrenatural. Esta elevación sigue inmediatamente, según San Agustín, a la creación de todas las cosas.

18. *De civ. Dei* XI, 9.

19. Hay que tener presente la dialéctica entre el *uti* y el *frui* expuesta en el *De doctr. christ.*: Cristo es el objeto fundamental del *uti* en cuanto instrumento, camino, médico y medicina; la Trinidad, en cambio, es el objeto final del *frui*. Cfr. *De civ. Dei* IX,15: “Non tamen ob hoc mediator, quia Verbum: maxime quippe immortale et maxime beatum Verbum longe est a mortalibus miseris; sed mediator per quod homo... Ideo quando in forma servi (Phil 2, 7), ut mediator esset, infra Angelos esse voluit, in forma Dei supra Angelos mansit”.

2.º Este progreso no es necesario ni absoluto. Si, en efecto, las épocas anteriores a Cristo han preparado su venida, la época actual se presenta como una situación de espera en la cual la perfección, de algún modo, ya se ha dado, aunque *no perfectamente*. Aunque los acontecimientos vayan acercando la venida del Reino de Cristo, no por esto son todos positivos: las persecuciones, los cismas, las herejías son acontecimientos providenciales pero no se puede decir que sean buenos en sí; en la historia se pueden dar paradas y retrocesos objetivos, aunque siga siendo verdad que “omnia cooperantur in bonum”; lo que obra esta transformación (sacar bien del mal) es la fe y la paciencia, que producen la esperanza y el amor<sup>20</sup>.

#### 4. *La evolución espiritual*

Todo lo que decimos está contenido en otras dos comparaciones desarrolladas también por San Agustín, y con las que vuelve a establecer una conexión entre la escatología cósmica y la escatología individual.

La primera comparación consiste en considerar las edades del mundo como un fenómeno paralelo a las edades del hombre<sup>21</sup>: infancia, puericia, *adolescencia*, juventud, ancianidad<sup>22</sup>, y la última edad, que termina con la muerte. San Agustín quiere describir el destino del *vetus homo*, que permanece en el pecado y que está necesariamente condenado a la muerte pero que Cristo ha rescatado. La comparación tiene un marcado sentido ético: cada hombre, individualmente, va adquiriendo progresivamente el dominio de sus facultades operativas hasta llegar a la madurez, con la cual alcanza también la fecundidad, es decir, la posibilidad de perpetuar la especie; al mismo tiempo, sin embargo, cada hombre, en cuanto individuo, está condenado a la caducidad. La muerte, la corrupción (que en el curso de la historia corresponde a la caída de las civilizaciones y reinos del pasado) señalan el límite que tiene todo lo humano y, por contraste, abren el paso a la consideración de lo divino y de lo permanente. En el fondo, la vida de cada hombre es una cierta representación de lo que se desarrolla a lo largo de los siglos; y también en la vida de cada uno Cristo resume en sí, da sentido y produce el

20. Cfr. *De agone chr.* 7, 8; Rom 5, 3-5.

21. *De vera relig.* 26-27.

22. Agustín la llama *gravitas* en el *De doctr. christ.* II, 7, 9-10 y *senectus* en *De vera relig.*

dinamismo de cada edad humana. Así que al hombre viejo se opone el hombre nuevo, re-creado en Cristo. Y mientras el hombre viejo, recorriendo su trayectoria vital, se encamina inevitablemente hacia la muerte, el nuevo se renueva de día en día. El esquema de las siete edades sirve, entonces, para explicar la progresiva elevación del cristiano en la vida sobrenatural mediante los dones del Espíritu Santo. Es el dinamismo de la vida espiritual, que el Obispo de Hipona describe utilizando también las figuras bíblicas de Lía y Raquel, que compara con la vida activa y la vida contemplativa.

La infancia del hombre es la edad espiritual que corresponde al don del temor de Dios, porque el temor de Dios se alimenta de cosas materiales, es decir, de los hechos de la historia, así como un recién nacido necesita alimentarse del pecho de su madre. La puericia corresponde al don de piedad, en cuanto que, olvidadas ya las razones humanas, empieza a tomar gusto por las cosas celestiales. La ciencia, que cierra el primer ciclo de la vida espiritual, demuestra la contingencia de todo lo creado, y es comparable, por tanto, con la edad en la cual el alma se abre al amor y descubre la presencia en su cuerpo de la facultad de engendrar. La cuarta edad, la juventud, que para los romanos iba de los 20 a los 30 años, bien puede servir como imagen del don de la fortaleza, con el cual nos deshacemos de todo empaque y tendemos a Dios con una decisión definitiva: la juventud es la edad en la cual nos "prometemos" a Dios, como novios que quieren casarse. La quinta edad del hombre espiritual está caracterizada por la paz y la serenidad en la fecundidad de las buenas obras y es producto del don de consejo que nos ayuda a ser justos. La sexta edad es la edad de la "muerte" espiritual a este mundo, porque el entendimiento del cristiano apunta ya sólo a la verdad incommutable. Así, en la última edad, llegamos a la paz y a la bienaventuranza perfecta de la sabiduría que es participar ya de la dicha de la gloria.

Esta larga alegoría de las siete edades del hombre y de las siete épocas de la historia sirve para poner de relieve que la historia de la humanidad puede ser "leída" en paralelo con la evolución espiritual personal. En ambos casos —la vida del individuo y el curso de la historia— el proceso no es unívoco: el hombre viejo convive con el nuevo, así como, en la historia, al lado de los grandes progresos y hazañas espirituales, hay épocas y fenómenos de alteración y corrupción.

Una vez más —repetirá San Agustín en el *De Catechizandis rudibus* y en *De vera religione*— es sólo a la luz de la fe como se puede descubrir el sentido providencial oculto de los acontecimientos. La historia, iluminada por el Evangelio, se transforma en un gran argumento apologético que demuestra la divinidad, la santidad, la perennidad de la Iglesia Católica. Se cumple, en la historia, la parábola del trigo y de la cizaña, que simbolizan las dos ciudades de Babilonia y Jerusalén. Estas dos ciudades *conviven* y están entremezcladas (lo que demuestra que no hay una evolución necesaria), hasta que, al fin del mundo, serán separadas: los elegidos, como los granos de trigo, entrarán en los graneros del Señor; los condenados, en cambio, serán quemados como la paja. Las tribulaciones presentes, luchas, herejías, guerras, divisiones, muertes, son como el viento que sopla sobre la era y separa el trigo de la paja: estas tribulaciones, pues, son provechosas porque enseñan a mirar a los verdaderos bienes. El que acepta el martirio o el sufrimiento por amor de Cristo, así como el que abraza la condición de virginidad para seguir al Cordero Inmaculado, son los que han entendido el verdadero sentido de la historia.

Y, recíprocamente, la tendencia personal y universal a la paz y a la felicidad nos hace descubrir la existencia de un orden inscrito por ley en todas las cosas y que apunta a un fin trascendente. Con estas palabras de San Agustín acerca de la paz como fin del universo puede, por tanto, concluir nuestra comunicación.

“Nada hay que pueda sustraerse de las leyes del Supremo Creador y ordenador, que regula la paz del universo... Dios, el autor sapientísimo, y el justísimo regulador de todo ser, ha puesto a este mortal género humano como el más bello ornato de toda la tierra. El ha otorgado al hombre determinados bienes apropiados para esta vida: la paz temporal a la medida de la vida mortal en su mismo bienestar y seguridad, así como en la vida social con sus semejantes, y, además, todo aquello que es necesario para la protección o la recuperación de esta paz, como es todo lo que de una manera adecuada y conveniente está al alcance de nuestros sentidos: la luz, la oscuridad, el aire puro, las aguas limpias y cuanto nos sirve para alimentar, cubrir, cuidar y adornar nuestro cuerpo. Pero todo ello con una condición justísima: que todo el mortal que haga recto uso de tales bienes, de acuerdo con la paz de los mortales, recibirá bie-

nes más abundantes y mejores, a saber: la paz misma de la inmortalidad, con una gloria y un honor de acuerdo con ella en la vida eterna con el fin de gozar de Dios y del prójimo en Dios. En cambio, el que abuse de tales bienes no recibirá aquellos, y éstos los perderá”<sup>23</sup>.

Los dolores, el mal, la misma condenación de los demonios y de los hombres, no son sino una prueba, por contraste, de la existencia del *ordo* maravilloso establecido por Dios.

## 5. Conclusiones

Al concluir esta reflexión sobre el sentido de la historia al hilo de los textos agustinianos, podemos resumir así el sentido de la presencia de Cristo en los acontecimientos humanos. Cristo está presente en la historia: *personalmente*, como fin, en la historia del pueblo elegido y de la sabiduría pagana; *con su cuerpo* que es la Iglesia en la época actual, puesto que la Iglesia se va extendiendo hasta los últimos confines del mundo. Cristo está presente, como Verbo subsistente, en el comienzo mismo de la historia, en el instante de la creación. Estará presente por último, al final de la historia, cuando establecerá su Reino y lo someterá al Padre. Y, sin embargo, Cristo no es el fin del universo como Mediador, sino que lo es como Segunda Persona de la Trinidad Beatísima, en cuya contemplación el mundo encuentra su paz. El fin de la historia es, pues, *transcendente* a la historia misma. Los acontecimientos humanos, en efecto, sólo encuentran su explicación definitiva en su dimensión trascendente, en una escatología que no es proyección en un futuro vacío, sino revelación del plan que Dios ya *imprimió* en la creación. La dialéctica que se establece no es por tanto entre el *hoy* y el *después* (visión heraclítica), sino entre el *tiempo* (ya) y la *eternidad* (todavía no, pero ya presente). Cristo marca la presencia de la eternidad en el tiempo. No hay lugar, por tanto, a un desarrollo progresivo —una “evolución”— del mundo hacia una “cristificación”, en el sentido de que el mundo puede transformarse en Dios; así como es imposible que el tiempo se transforme en eternidad, porque muchos instantes no dan lo eterno. Lo que hay es una presencia constante de Dios en el mundo, pero “desde fuera” y “metido en él”, atrayéndolo a sí. Pero esta dimensión “divina” del mun-

23. *De civ. Dei* XIX, 12 y 13.

do, esta presencia de Cristo en los aconteceres históricos, es oculta, es misteriosa, en el sentido profundo de la palabra, y sólo la mirada amorosa de la fe sabe descubrirla. San Agustín defiende la existencia del mal, del desorden, del alejamiento del plan original de Dios, pero a la vez afirma que Dios, por medio de la fe, de la gracia, de la gloria, hace que el desorden contribuya al mantenimiento y defensa del orden. De esta manera, utilizando las acciones libres de los hombres, Dios lleva todas las cosas al Fin universal.

Las épocas de crisis son, por tanto, momentos en los cuales, lejos de dejarse arrastrar, hay que saber dar un testimonio cristiano. Son los momentos del "martirio" en sentido pleno. Son un poderoso llamamiento a la fe personal, a despertar en nosotros todos los resortes intelectuales y afectivos, de cabeza y de corazón, para volver a recomponer, sin cansancio, la unidad y la paz entre los hombres, y sobre todo entre los hombres y Dios. Son momentos en los cuales hay que trabajar por la justicia verdadera: la justicia del Reino de Cristo.

El cristiano no vive de espaldas a la historia, refugiándose en un futuro trascendente para olvidarse de las tareas concretas que debe llevar a cabo. Tampoco vive sumido en la historia, encerrando en ella todo su horizonte vital. El cristiano sabe que la historia, el tiempo, ha sido "redimido" por Cristo. Con Cristo, la historia adquiere un sentido: es el "lugar" en el cual se prepara la salvación, es el "teatro" donde Dios representa y enseña sus planes y sus designios, es la "semilla" de la futura transformación cósmica que dará lugar a los "cielos nuevos y a la tierra nueva". La tarea cristiana en la historia se cifra, por tanto, en la respuesta a una llamada a la santidad en y a través de los acontecimientos corrientes y diarios. El cristiano, trabajando codo a codo con sus hermanos los hombres, sufriendo con ellos, compartiendo con ellos sus alegrías, procurando llenarlo todo de la luz y de la sal de Cristo, amando apasionadamente este mundo, que Dios creó y Cristo redimió, contribuye a que Dios sea, al final, todo en todas las cosas.